

PRESENTACIÓN AL CLAUSTRO

MIGUEL SIGUÁN

Excmo. Sr. Rector, Colegas del Claustro Universitario, querido profesor Piaget:

Hace treinta y cinco años, recién ingresado como alumno en esta casa, leía yo por primera vez un libro de Jean Piaget.

Y aunque yo no lo sabía, en aquel mismo año de 1936, el autor de aquel libro era nombrado Doctor Honoris Causa por la Universidad de Harvard.

Si el padrino que protocolariamente ejerzo en este acto tuviese algún significado no ya de protección sino simplemente de presentación, ésta sería ciertamente una situación altamente ridícula. Pero todos ustedes saben que no es así, que mi padrino, no tiene otro significado que el declarar a quien corresponde el honor de haber propuesto al nuevo doctor ni otra intención que la de acompañarle en esta investidura. Investidura que en este caso no hace sino consagrar una situación de hecho, el doctorado Honoris Causa significa la «*Venia docendi*», la autorización para enseñar en esta casa, y la verdad es que hace años que J. Piaget ejerce su magisterio entre nosotros.

Permítanme que de este magisterio yo destaque tres características que se me antojan muy significativas.

En primer lugar la universalidad. El repertorio de las publicaciones de Piaget, más de 50 libros y centenares de artículos, abarca una gama increíblemente extensa. A los 15 años era un experto en malacología y había publicado ensayos filosóficos. A los 20 ingresó en la vida universitaria doctorándose en Biología y alternando la enseñanza de la Filosofía con la de Psicología. Entonces comenzaron sus célebres investigaciones sobre Psicología del niño. Hoy el nombre de Piaget figura por derecho propio en el repertorio de media docena de ciencias: la teoría del conocimiento, la lógica matemática, la psicología experimental, la psicología infantil y la pedagogía.

En nuestro siglo de creciente especialización un caso tan aparatoso de competencia general nos invita a pensar en un hombre del renacimiento.

Pero por debajo de esta aparatosa variedad late una asombrosa unidad de intención, y esta es la segunda característica que quiero destacar.

Cuando Piaget, hacia los veinte años, eligió la psicología infantil como campo de investigación, llevaba una intención muy definida: salir del conflicto en que le situaban su temprana especialización biológica y sus aficiones filosóficas.

Si la condición del zoólogo le resultaba insatisfactoria por limitada, la especulación del filósofo le insatisfacía por vaga y falta de apoyo. ¿No sería posible acercarse a los grandes problemas de la filosofía y en primer lugar al problema del conocimiento, con el método riguroso de las ciencias naturales?

La respuesta parecía ofrecerla la psicología experimental. Pero una psicología experimental que no se terminase en sí misma, sino dirigida a explicar el conocimiento y la acción humana.

Y con una explicación que como la del biólogo explicaría a la vez la génesis y la estructura.

Cuando Piaget eligió este camino, decidió dedicar tres o cuatro años a la psicología del niño antes de abordar la teoría del conocimiento. Como acostumbra a ocurrir, el camino resultó más largo y en vez de tres o cuatro fueron veinte los años empleados.

Y como no acostumbra a ocurrir, pasados los veinte años mantuvo su proyecto inicial y se dedicó a la lógica y a la teoría del conocimiento. Y con sorpresa y escándalo de unos y otros elaboró una lógica matemática de base psicológica.

Pero a lo largo de este camino había adquirido un convencimiento: que lo que caracteriza al entendimiento es ser un determinado tipo de actuar sobre la realidad, actuación que está en continuidad con todas las operaciones que constituyen la vida. Entender es una manera de vivir, pero una manera original e irreductible. Esta idea ha sido desde entonces el hilo conductor de su pensamiento.

A los 75 años, en la plenitud de su madurez vital e intelectual, Jean Piaget sigue manteniendo intacta su actividad investigadora y docente y sigue manteniendo su ritmo de un libro y varios artículos cada año. En nuestro tiempo de prisa y de diversión, esta entrega, más que plena obsesiva, al esfuerzo intelectual, no es el aspecto menos ejemplar de su magisterio.

Pero lo que yo en este solemne acto y en nuestra Universidad quisiera destacar, es que el interés por el pensamiento de Piaget, que de tal modo ha explotado en los últimos tiempos, es muy antiguo entre nosotros.

Por lo que yo puedo saber, las primeras traducciones de libros de Piaget a una lengua extranjera lo fueron al castellano, y casi inmediatamente a su publicación en francés. «El lenguaje y el pensamiento del niño» y «El juicio moral», se editaron en España todavía en la década de los 20, y en el libro siguiente, «La representación del mundo en el niño», se encuentran pasajes en los que Piaget traduce experimentos de comprobación efectuados con niños españoles por Mercedes Rodrigo.

Mercedes Rodrigo era uno de los varios españoles que ampliaban sus estudios en el Instituto Jean Jacques Rousseau de Ginebra en la época en que Piaget fue nombrado ayudante del Instituto y empezó en la Casa de los Niños la serie de experimentos que le hicieron célebre.

La presencia de Mercedes Rodrigo y de otros españoles no era casual. El Instituto fundado por Claparede en 1912 para fomentar el conocimiento del niño —para que los maestros aprendan de los alumnos— se había convertido en un foco intensísimo de renovación pedagógica que encontraba eco en toda Europa.

En España el defensor entusiasta de la obra de Claparede fue Domingo Barnes, profesor de la Escuela Normal Superior, continuador de la tradición de la Institución Libre y una de las primeras figuras más influyentes de la pedagogía en España. A través de las ediciones *La Lectura*, y a través de otras editoriales, dio a conocer las obras más representativas de la naciente psicología pedagógica, especialmente «*La psicología del niño*» de Claparede que tradujo y prologó, y de la que se hicieron múltiples ediciones. El mismo Barnes, a través de su conexión con la Junta de Ampliación de Estudios, consiguió que cada año varios jóvenes profesores pasasen un tiempo en Ginebra. Y el mismo Barnes reunió a estos antiguos becarios en la Asociación de Amigos del Instituto J. J. Rousseau. En este ambiente de estrecho contacto con la obra de Claparede no es extraño que los libros de Piaget fuesen inmediatamente conocidos y publicados. En el prólogo a la 7.ª edición de la *Psicología del niño*, escrito en 1927, Barnes alude al libro de Piaget sobre el pensamiento y el lenguaje infantil y anuncia su inmediata aparición en castellano.

Pero la llamada de Ginebra había sido oída mucho antes en Barcelona. Casi recién fundado el Instituto, antes y durante la primera guerra mundial, pasaron temporadas allí los hombres que impulsaban la renovación pedagógica en Cataluña y la renovación pedagógica que ellos impulsaron estaba profundamente influida por el Instituto. Las instituciones que crearon —la Escuela del Mar o la del Bosque— tenían algo de la *Maison des Petits*. Y lo hicieron con tanta eficacia, que no creo que sea exagerado afirmar que en 1920 Barcelona era junto con Ginebra, la ciudad donde podían encontrarse las mejores escuelas primarias públicas del continente europeo.

Esta relación funcionó en los dos sentidos. No sólo maestros barceloneses fueron a Ginebra sino que los ginebrinos vinieron a Barcelona. Claparede estuvo en 1920 para una serie de conferencias en los cursos de verano para maestros organizados por el Consejo de Pedagogía de la Mancomunidad, cuyo Secretario era Alejandro Galí. Y el año siguiente regresó para participar en el 2.º Congreso Internacional de Psicotécnica.

En su estela vino Piaget por primera vez a Barcelona, en 1927.

Como es sabido la actividad cultural de la Diputación y del Ayuntamiento de Barcelona, a que vengo refiriéndome, entró en crisis por razones políticas que aquí no hacen al caso. Pero Piaget siguió viniendo a Barcelona. Yo no sé si mis oyentes se sorprenderán de saber que a lo largo de muchos años antes de la guerra española Jean Piaget pasó sus veranos en la Costa Brava, en Calonge, y que enamorado de la naturaleza y andarín incansable, conoce la tierra y el paisaje del Ampurdán como pocos.

Estos viajes frecuentes tenían una razón personal.

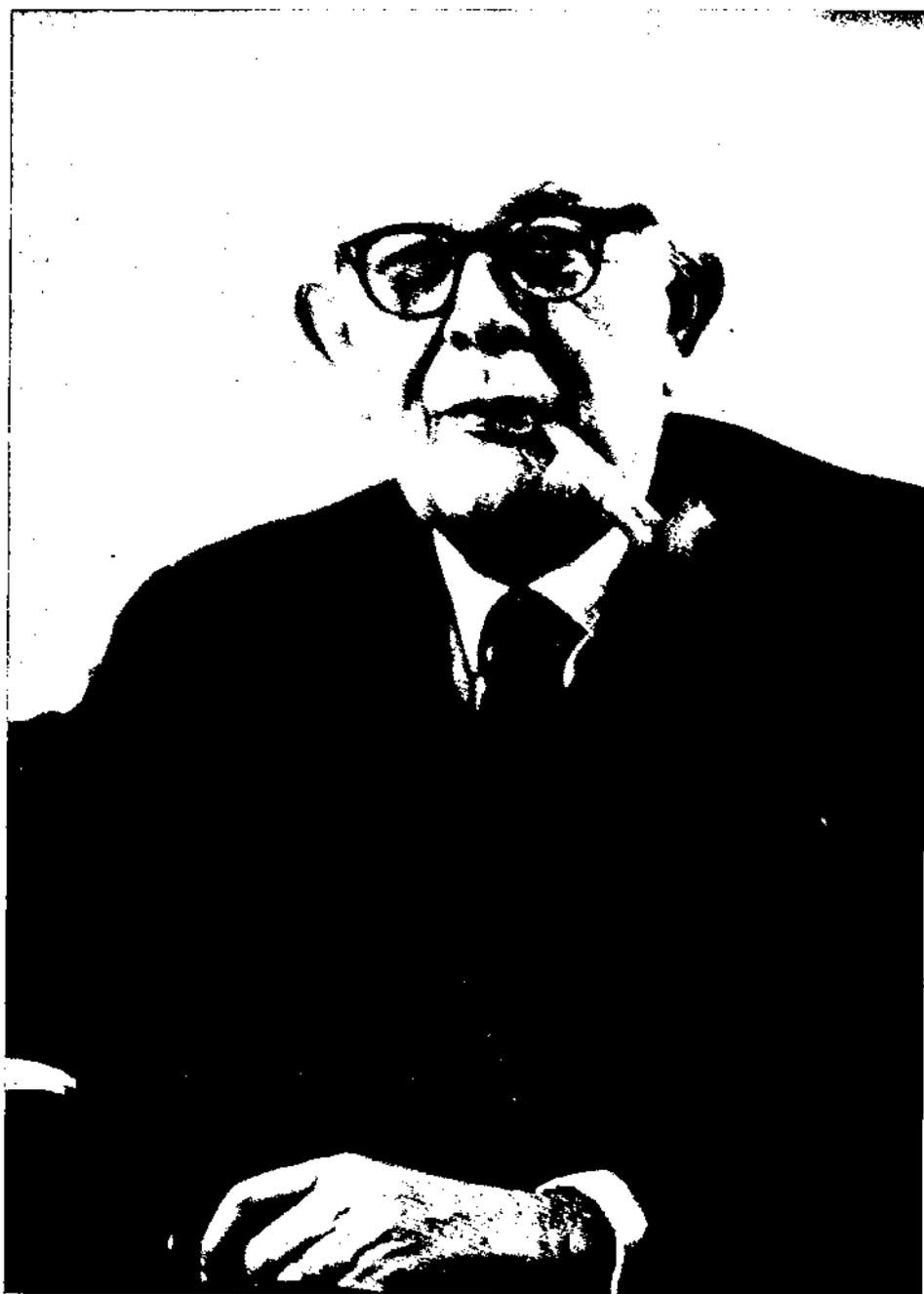
Entre los catalanes que visitaron Ginebra en los primeros tiempos del Instituto J. J. Rousseau estaba el Dr. José Mallart, actual secretario del Instituto Nacional de Psicología Aplicada en Madrid. A su regreso de Ginebra convenció a su compañero de estudios en la Escuela Normal de Gerona, Pedro Roselló, a que siguiese su ejemplo. Roselló fue a Ginebra y a diferencia de los otros visitantes allí se quedó, allí se casó y allí se convirtió en amigo íntimo de Piaget.

No creo ser infiel al espíritu de esta solemnidad trayendo aquí el recuerdo de Pedro Roselló, un hombre excepcionalmente modesto y excepcionalmente trabajador, que ha sido durante muchos años el motor de la Oficina Internacional de Educación, un organismo que Piaget y Roselló contribuyeron a crear, que entre ambos lograron que la Sociedad de las Naciones patrocinase y que se convirtió así en el motor de la innovación educativa a escala mundial.

Pedro Roselló murió hace unos meses en su Ginebra de adopción, calladamente como había vivido, y su muerte ha pasado prácticamente inadvertida entre nosotros. Y esto no es justo, porque todos los que en este país nos dedicamos a la enseñanza, hemos contraído una deuda de gratitud con Pedro Roselló.

También en este punto quisiera apelar al magisterio de Jean Piaget porque yo estoy moralmente seguro de que cuando aceptó con tanta rapidez e ilusión mi insinuación de recibir un Doctorado Honoris Causa por nuestra Universidad, en su decisión influyeron tanto el recuerdo de Barcelona como el deseo de pagar una deuda de gratitud a su gran amigo —que hoy desgraciadamente no puede estar con nosotros.

Por todos estos motivos yo quiero congratularme con todos ustedes de que el profesor Piaget haya honrado nuestra Universidad aceptando el sentarse en nuestro claustro.



Profesor Jean Piaget, doctor «honoris causa» por la Universidad de Barcelona.

